

El gascón púsose en pie, retorciéndose el mostacho y exclamó:

—¡No tengas miedo, pequeño!... ¡Mal pecado! Nuestros nombres son bien conocidos: Cocardasse y Passepoil, diestros famosos, maestros de esgrima de París, campeones del mundo entero y de sus arrabales y, por último, excaballeros del Real Lagardère.

Este último título hizo fruncir la frente á los dos mercaderes de Amsterdam, recordándoles desastres inolvidables.

Los diestros estrecharon la mano de aquellos señores sin sospechar que eran sus más mortales enemigos, y todos se agruparon pocos instantes después á la misma mesa.

II

La sortija negra.

De ordinario las mujeres no iban á cafés y tabernas, salvo las grandes señoras que acudían por curiosidad acompañadas de los caballeros de su alcurnia, y las cortesanas.

Pero durante la feria de San Germán no tenían escrúpulo alguno en frecuentar los establecimientos que estaban instalados en el campo de la feria ó en sus alrededores. Habíase

hecho ya, no sólo moda, sino hasta una especie de exigencia social. Resultaba del mejor tono darse citas en ellos, y la licencia de la época permitía esas entrevistas amorosas lo mismo entre gentes de la misma esfera que entre pertenecientes á categorías sociales distintas.

La duquesa más encopetada, que en cualquier otra parte hubiérase creído degradada por el roce con sus interiores, no tenía á menos sentarse en uno de aquellos tugurios al lado de una planchadora ó un mercader cualquiera.

La Revolución no inventó nada al inscribir sus tres famosas palabras: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*. Ya existían, y se practicaban como regla de conducta en la feria de San Germán.

En los cafés y tabernas de ella se mezclaban y confundían las clases sociales, como ante las garitas de los feriantes, lo que no dejaba de dar lugar á sorpresas, bastante divertidas para los que en ellas sólo actuaban como simples espectadores. Á veces una menestrala y una marquesa sentábanse á la misma mesa esperando á sus enamorados respectivos, y al llegar éstos resultaba que el de la primera era el propio marqués y el de la segunda el amante ó galán de la menestrala.

Otras veces un marido, inocentemente y por casualidad, descubría una infidelidad conyugal, y si se producía por ello un escándalo, ¡qué regocijo para el público!...

La baronesita Longpré era concurrente asidua; á veces se hacía acompañar de algún galán poco peligroso, como por ejemplo, su pariente el barón de Hunaudaye; pero con más frecuencia iba sola.

Aquel día no había ido al palacio de Nevers y dirigióse directamente al campo de la feria, tanto en busca de distracciones como para engañar su necesidad imperiosa de actividad.

Desde que resolvió buscar al príncipe, Liana estaba muy nerviosa.

No esperaba hallar en aquel lugar á Felipe de Mantua, pues sabía que estaba desterrado de Francia; y, sin embargo, miraba atentamente los rostros de todos los caballeros que veía.

Pronto se cansó, y como se hallaba cerca de una taberna entró en ella.

Era la misma en que se encontraban nuestros personajes.

Al principio sólo vió el conjunto de los ojos que la contemplaban, y divisando un lugar vacío fué á ocuparlo.

Más tranquila ya, comenzó á examinar á los que la rodeaban, paseando una mirada circular por la concurrencia. Inspeccionó la sala entera

sin encontrar un solo rostro que le fuera conocido. Entonces serenóse del todo y se arregló las faldas.

Luego acomodóse bien y pidió un sorbete.

Felipe de Mantúa se estremeció al verla. La casualidad hizo que fuera á sentarse muy cerca de él. Colocóse de modo que Liana no pudiese ver sus facciones, lo preciso para no pasar por impolítico. El cuidado de desfigurar su voz ante los dos diestros hacía poco comunicativo, y la Nivelle trataba en vano de ponerlo dicharachero, alegre é insinuante.

—¿Qué regimiento es ese de Real-Lagar-dère y quién lo mandaba?—preguntó en tono indiferente siguiendo la conversación, en cuanto él y su factótum se hubieron sentado.

—¡Voto á bríos! El conde Enrique de Lagardère. Se componía de cuatro hombres, de los cuales el pequeño y yo éramos dos. ¡Oh! Pasaba por cualquier parte, os lo aseguro. Á través del fuego, del agua, del hierro y hasta del aire.

—¿Y cómo lo habéis dejado? ¿Es que han matado al conde?

—¡Cuernos de Satanás! ¡Matarlo! Á ese no se le mata...

—¿Entónces, qué es de él?

El gascón, sin responder, miró á la espada del normando y éste contestó por los dos.

—¡Ojalá lo supiéramos!... Anda corriendo mundo...

El mayordomo comprendió que no sacaría gran cosa de los dos diestros hiciera lo que hiciese, y dudó entre proseguir el interrogatorio hasta la indiscreción ó renunciar á sus averiguaciones. Durante su titubeo, ocurrió una escena que cambió por completo sus ideas.

Al oír hablar de Lagardère, Liana alargó la cabeza para ver quién pronunciaba el nombre de Enrique, y recordó haber visto á los dos maestros de esgrima en el palacio de Nevers. Por su parte, Cocardasse la reconoció y la prodigó respetuoso saludo, al cual ella se abstuvo de contestar.

Las cosas habrían quedado así sin una de las peculiares indiscreciones de Berrichón, que hacía tiempo no soltaba ninguna, y parecía deseoso de cometerlas. Tocó al normando con el codo, y dijo bastante alto para ser oído por todos:

—Estoy seguro de que esa señora es la amiga de la señorita Aurora. ¡Miradla bien, maestro!

La frase pasó inadvertida para la mayoría de los oyentes, pero no cayó en saco roto para Gonzaga, que la concedió toda su importancia, aunque no tuvo alcance alguno para Peyrolles. El factótum volvióse para ver á la dama,

convencido de que estaba muy bien caracterizado y no había de ser conocido. Hubiera deseado que se fueran todos sus compañeros de mesa para decir algunas palabras á la amiga de Aurora.

La Nivelle, mientras tanto, para desviar la atención del príncipe, le dijo:

—Tenéis ahí, caballero, una hermosísima sortija. ¿Seréis tan amable que queráis dejármela ver?

Hablando así la bailarina se apoderó de la mano del presunto mercader y examinaba la alhaja. Era una piedra negra, poco voluminosa engarzada en Venecia á un anillo que contenía un secreto. Gonzaga no recordaba habersele revelado nunca á nadie.

—Es más rara que hermosa—repuso para moderar en tanto la admiración de su vecina.—No tiene otro valor que el que quiera darle el poseedor.

—Pues entonces, regaládmela.

—Lo siento mucho, pero me es imposible. Esta sortija no debe separarse de mí.

—La hubiera conservado hasta el fin de mis días, pero puesto que es así... no he de insistir.

El príncipe era siempre el espléndido y pródigo gran señor; sacóse otra más rica y preciosa que la examinada por la cortesana y se la regaló con galantería un tanto fría.

—Tomad esta otra en cambio; vale más para vos y menos para mí.

Las bailarinas miraron con envidia á su compañera, y como tenían función aquella noche no tardaron en levantarse para dirigirse á la Opera; los tres amigos se dispusieron á acompañarlas, y Gonzaga pagó el gasto, previniendo todas las objeciones con estas palabras:

—Que nadie replique; nunca he dejado pagar á señoras ni á veteranos. Señoras y señores, hasta la vista y muchas gracias por vuestra gratisima conversaci6n. Es seguro que nos acordaremos de ella mucho tiempo.

La Dorbigny no habia pedido nada á Peyrolles ni obtuvo de él siquiera una leve promesa.

Las artistas se despidieron de los diestros en la puerta del establecimiento, marchándose ellos por un lado y ellas por otro, como bandada de gorriones.

—¿Nos quedamos?—preguntó sorprendido el mayordomo, pues habia concebido el plan, que creía muy ingenioso, de seguir á Cocardasse y Passepoil.

—Sí—ordenó su amo.

En cuanto hubieron salido todos, volvióse hacia Liana y se sorprendió al verla tan pálida.

Sus miradas se cruzaron; en la de él habia reñelo, en la de ella una interrogaci6n ansiosa.

El mayordomo los contemplaba sin comprender nada.

Se acercaron uno á otro, y la baronesa murmuró:

—Tengo que hablaros á solas.

Gonzaga fingió asombro, y respondió en voz baja:

—¿No me confundiréis con otro, señora? Vuestro rostro me es desconocido.

Habia comprendido que su máscara era inútil, pero quiso que se lo declarase así la baronesita, la cual acercándose aún más, susurró casi á su oído:

—Felipe de Mantua, quiero verte á solas.

—Repito, señora, que os engañáis; ¿qué os prueba que sea yo el que creéis haber reconocido?

—Esa sortija—contestó ella señalando la de la piedra negra.—No hay dos iguales, y esta tiene un secreto.

—Fué hecha para mí, y no he confiado mi secreto á nadie.

—¡Error, Felipe! Hay horas de pasi6n en que se va la lengua. Unos se olvidan, otros se acuerdan... Lo que prueba que no me has amado nunca y que yo te amo aún.

El príncipe se estremeció.

Algunos instantes antes pensaba en comprar á aquella mujer para convertirla en instrumento de sus planes; pensó hacerlo sin darse á conocer, permaneciendo entre bastidores y por intermedio de su factótum.

Reflexionó.

Viendo la impasibilidad de su ex galán, prosiguió ella en voz baja:

—En esa sortija hay una gota de veneno, y ese veneno en los labios de una mujer sería su muerte. ¿Es verdad?

Gonzaga acabó por recordar que Liana era el único ser humano á quien había revelado aquel secreto, y respondió lentamente:

—Es verdad.

La baronesita le envolvió en una mirada apasionada y murmuró:

—Soy tuya. Nunca dejé de serlo en cuerpo y alma. Aunque me destinases á mí ese veneno, Felipe, lo tomaría repitiéndote: «¡Te amo!»

El príncipe se inclinó dando por terminada la prueba.

Necesitaba á aquella mujer que se entregaba á él sin reserva alguna.

Ya tenía el instrumento indispensable para su venganza, aunque tuviera que aniquilarlo más tarde.

Quizás había adivinado Liana lo porve-

nir al hablar de que el veneno pudiera ser para ella.

Con voz grave preguntó el príncipe:

—¿Estás dispuesta á obedecerme?

—Hasta la muerte.

—Entonces ven conmigo.

Levantáronse y salieron de la taberna seguidos de Peyrolles; pero por el camino Gonzaga deslizó en el fondo de sus bolsillos todas sus sortijas, jurando *in menti* no volver á llevar en adelante ninguna, puesto que por la maldita sortija negra acababa de ser reconocido en la taberna de la feria de San Germán.

III

Ultimo reto.

Transcurrió un mes desde el encuentro de madame de Longpré y Gonzaga, y si éste dió principio á la acción pegando fuego á la feria en momentos en que se hallaban en ella Lagardère y Aurora, no sacó ventaja alguna del incendio, pues en medio de los escombros y entre el montón de cadáveres, víctimas del siniestro, no estaban sus enemigos, á quienes encontraron sanos y salvos en el pabellón destinado á los arcabuceros.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEX.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEX.